

¡Varones castellanos, volved por vuestro honor!
Que entre muerte y deshonra la deshonra es peor.
¡Despertad en el nombre de Dios, nuestro Señor,
que es España su huerto y es Castilla la flor!



Piadosos caminantes, hidalgos y romeros
que cruzáis de Castilla los antiguos senderos:
dadle al juglar agora, dueñas y caballeros,
un vaso de bon vino si no tenéis dineros.



SUNT LACHRYMÆ RERUM



SUNT LACHRYMÆ RERUM

¡Cuánta pena, cuánto amor
en el mundo! ¡Cuán piadosas
castigan nuestro furor,
con el místico fervor
de su tristeza, las cosas!

En horas desventuradas
parecen semblantes muertos,
con las frentes asombradas
y con las bocas cerradas
y los ojos entreabiertos.

Pero, en horas de ventura,
cuando el cielo es de cristal
y el sol ardiente fulgura...
¡lloran con una ternura
tan dulce y angelical!

Casucas tristes y ancianas,
escondidas y desiertas:
¿no dicen penas humanas
los ojos de sus ventanas
y las bocas de sus puertas?

Y aquellos árboles rudos
que firitan bajo el hielo,
desamparados y mudos:
¿nada dicen, cuando al cielo
tienden los brazos desnudos?

Y este añejo torreón
inclinado hacia el camino
sobre un tosco rodrigón,
como un viejo peregrino
que se apoya en su bordón.

Y esos muros profanados,
maravilla de otras gentes,
monumentos señalados
de los orgullos pasados
y las tristezas presentes...

Todo en nuestro derredor
con su augusta majestad
dice amor, dice dolor...
¡todo respira el terror
de la oscura eternidad!

¡Oh vida, oh triunfos, oh glorias!
¡Oh altiveces y hermosuras
que nos cuentan las historias!
Todo es polvo de memorias
y tierra de sepulturas...

¡Oh trabajos y sudores
de las almas y las vidas!
¡Besos, lágrimas y olores
de los pasados amores
y las flores extinguidas!

¡Oh las arpas olvidadas,
y los palacios desiertos;
las tumbas abandonadas,
y las luces apagadas
en los ojos de los muertos!

¡Cuánta pena, cuánto amor
en el mundo! ¡Cuán piadosas,
con qué divino pudor,
contemplan nuestro dolor
los semblantes de las cosas!

¿Quién dijo que, indiferentes,
nos ven vivir y llorar?
Sufridas y reverentes,
son como estatuas yacentes
puestas al pie de un altar.

¡Madre de melancolías!
¡Cómo nos turbas y asedias,
historia de antiguos días,
voz de mudas elegías
y de calladas tragedias!

¡Cómo en las viejas estancias
y en los salones desiertos
se conservan las fragancias,
las marchitas elegancias,
de vidas y amores muertos!

¡Que aún lo inerte y material
tiene rasgos de pasión,
chispas de luz inmortal
y una profunda expresión
de vida espiritual..!

Pues si la muerte nos viste
con su ceniza en las fosas;
cuando ni el recuerdo existe...
¡perduramos en la triste
fidelidad de las cosas!



CORAZON DE REINA



CORAZÓN DE REINA

Me has dado una lección de valentía!
Confesar mi flaqueza es hidalguía.
Sufro la humillación, seco mi llanto,
con el orgullo de saber que es mía
mujer que vale tanto....

Vencido del dolor, enfermo y triste,
postrado en soledad, llamé á la muerte;
pero tú que me oíste,
la mano me tendiste;
¡tu mano dulce, valerosa y fuerte!

Tambien yo supe en tenebrosos días
curar tu pena y restañar las llagas

del injusto dolor que padecías;
 hoy te ha tocado restañar las mías...
 ¡con cuántas creces el amor me pagas!

De las duras prisiones resucito,
 de mi garganta mi dogal desato
 y en tus brazos, al fin, me precipito
 con amor infinito....

¡no es mi flaqueza la de ser ingrato!
 ¡Cuán hermosa y cuán grande me pareces!
 Al presentir la tempestad te creces,
 y en el rayo tu espíritu acicalas;
 son la fe y la pasión tus elementos:
 de la aquilina reina de los vientos
 tienes los bríos y también las alas.

Tus acciones son firmes y prudentes;
 sabes ser valerosa sin alardes,
 y así tan recia en el amor te sientes...

¡en el Amor que es lauro de valientes
 pero jamás corona de cobardes!

La pasión que en tus ojos centellea
 sabe igual del zarpazo y del gemido;
 así el amor es menester que sea:
 ¡bravo, como el león, en la pelea!
 ¡dulce, como la tórtola, en el nido!

Así, en mis ambiciones te soñaba,
 despierto el corazón, el alma pronta,
 leal y fuerte, compasiva y brava:
 ¡te quiero buena, pero nunca tonta!
 ¡dócil te quiero, pero nunca esclava!

Como aquella gran reina de Castilla
 que en la cerviz de indómitos varones
 puso, con gloria y altivez, su silla;
 tú, á quien ni el sexo ni el dolor humilla,
 das de prudencia y de valor lecciones.

¡Siempre igual, madre Historia! Pues, ¿qué fuera
del hombre sin su dulce compañera?

¿Quién nos redime al cabo, cuando inertes
la voluntad tenemos prisionera?

.....

¿De qué nos sirve blasonar de fuertes?



MI ESCUDO



MI ESCUDO

Por qué sientes de mí celos y enojos?
¿Por qué, si sabes que te quiero tanto,
piensas que es desamor, cuando mis ojos
se nublan con el llanto?

Pluguiera á mi pasión ¡oh reina mía!
romper en claro manantial la roca
y emborrachar con vinos de alegría
los besos de mi boca.

Pero yo soy un triste peregrino
que añora de su Patria los verjeles;
tengo el amor tan triste como el vino...
¡todo me sabe á hieles!

Se marchitó mi juventud lozana
con el aire encendido del desierto,
y hay en mi corazón una campana
que toca siempre á muerto.

Sólo en tus brazos alcancé la cumbre
de los rútilos goces de la vida
y ví en tus ojos la gloriosa lumbre
de la Patria perdida.

Mas ¡ay! que el arbol de mi vida, roble
señalado de viejas cicatrices,
hasta en las auras del placer más noble
le tiemblan las raíces.

Aún no perdí el espanto ni el recelo
del antiguo dolor que padecía...
¡si hay almas que disfrutan ya del cielo
y lloran todavía!

Tú sola ¡oh mi pasión! puedes curarme
de tu recia virtud con la eficacia:
¡quiero en el dulce manantial bañarme
de tu fuerza y tu gracia!

Pues eres tan piadosa y tan discreta,
mi ternura te doy, que es mi tesoro.
¡Tú no sabes qué grande y qué poeta
me siento cuando lloro!

¡No me abandones nunca! Tu regazo
me da la blanda sensación de un nido
y estoy bajo el escudo de tu brazo
de mis propias ofensas defendido.



SÁTIRA